



PALABRA Y CULTURA EN AMÉRICA LATINA: HERENCIAS Y DESAFÍOS

Diana Veneros Ruiz-Tagle¹

“Cuando no sabemos hacia donde vamos,
no debemos olvidar de donde venimos”.

Proverbio africano

RESUMEN:

Frente a la reivindicación de lo singular y lo diverso, se alza la globalización y homogenización de la cultura y de la economía como posiciones contrapuestas que generan tensión que sólo se puede resolver con un soporte espiritual que proporcione claridad con respecto a quiénes somos y qué significa la vida.

Palabras claves: Tradición, cultura, patrimonio cultural, globalización.

ABSTRACT:

*WORD AND CULTURE IN LATIN AMERICA:
HERITAGE AND CHALLENGES*

Against the reply of the unique and of the universe grows globalization and homogenization of culture and economy as two opposed positions. These create a tension which can only be solved with spiritual support capable of giving enough understanding in relation to who we are and what is the meaning of life.

Key words: Tradition, culture, cultural heritage, globalization.

El domingo 30 de mayo último, el Día del Patrimonio Nacional, un conocido medio de prensa formuló la siguiente pregunta: ¿Sabe lo que es el Día del Patrimonio Cultural? Fueron consultados un estudiante universitario, una joven adventista, dos estudiantes de educación media, un comerciante y una dueña de casa. Todos coincidieron en no “tener idea” o, en el mejor de los casos “no mucha información” respecto del tema cultural. Sin embargo, todos concordaron en lo importante de la iniciativa y en la necesidad de una mayor difusión.

Sin duda, hoy somos mucho más sensibles que ayer confrontados a los conceptos de cultura, tradición cultural y patrimonio cultural. ¿Qué significan tales conceptos, los cuales aceptamos hoy como altamente importantes y políticamente correctos?

Antes de definirlos, permítaseme una breve digresión respecto de la cultura y su estado actual. Hoy asistimos, de manera fehaciente y avalada por una masa de evidencia crítica, a la expresión de dos fenómenos aparentemente divergentes con epicentro en las culturas y las identidades culturales. De un lado, han aumentado las manifestaciones y reivindicaciones de culturas propias y singulares. Ejemplos hay muchos. Entre otros, el de la unión y movimiento de los indígenas de Latinoamérica, en 1992, en oposición a la “celebración” del descubrimiento de América; el que ellos perciben, desde una perspectiva tal vez no muy aceptada mas legítima, como 500 años de resistencia indígena a la dominación europea y al

¹ Veneros Ruiz-Tagle, Diana. Departamento de Historia y Geografía. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile.

estado nacional. Otro ejemplo está dado por el resurgimiento y validación de las culturas nacionales en las repúblicas nuevamente independientes de la ex-Unión Soviética y de la ex-Yugoeslavia. Y, en un nivel intranacional o local, un tercer ejemplo puede ser asociado al fortalecimiento de grupos específicos, como los chicanos, los latinos, o los afroamericanos, en los EE.UU., en respuesta a la marginación social y económica de que son objeto y frente a la exacerbación del racismo del grupo blanco hegemónico o “mainstream”.

Pero, junto con esta reivindicación de lo singular y lo diverso, y en un movimiento aparentemente contradictorio, estamos asistiendo, asimismo, a la globalización y homogeneización de la cultura y a la obliteración de las identidades, impulsadas ambas por la expansión de las economías de sesgo neoliberal. Éstas últimas se encuentran hoy perfectamente articuladas tal como lo prueban, entre otros múltiples ejemplos, la experiencia de la Comunidad Europea, la expansión comercial y financiera de Japón en la cuenca del Pacífico, y la suscripción de múltiples tratados de libre comercio –como aquel firmado entre Canadá, Estados Unidos y México, a los que se ha agregado, últimamente, Chile. Tal globalización de las economías –y concuerdo con Samir Amir y Noam Chomsky, en este respecto– no puede ser vista sino en función de un proceso de expansión iniciado en el siglo XVI con la invasión europea de América, luego de Asia, y posteriormente de África.

En esta globalización de larga data, el traspaso de bienes económicos ha incluido, asimismo, el viaje de bienes culturales y su transmisión, en el marco de los clásicos procesos de aculturación y transculturación.

“Estos dos grandes movimientos culturales son a primera vista opuestos y mutuamente excluyentes”, al decir del especialista Guillermo Bonfil. En tanto *“uno afirma la particularidad, la condición única de cada cultura ... el otro impulsa la globalización y la integración universal, pero ambos pertenecen a la misma realidad, ambos son y están actuando”*².

Sin duda, el primero de estos movimientos –el de la defensa a ultranza de la identidad– expresa públicamente una irrenunciable legitimidad a la luz del ejercicio de derechos humanos en expansión. Hoy, se acepta la diversidad cultural en todas sus formas, así como la constitución, reivindicaciones, y el libre juego de distintas identidades, culturales, nacionales, y sexuales. El segundo movimiento, hacia la homogeneización cultural y evaporación de identidades es –si no legítimo y deseable para muchos– al menos evidente. Evgeny Evtuchenko, el notable poeta ruso, llama a este proceso “macdonalización de la cultura”, el que, entre otros ejemplos, asocia con el desplazamiento de Jean Gabin, Francisco Rabal o Giulietta Massina, notables actores y actriz europeos, por los menos sofisticados Chuck Norris o Silvester Stallone; así como alude, en este mismo contexto, al fenómeno de reemplazo de la buena poesía rusa o española por “hamburguesas literarias”. Con ello, *“el arco iris de la cultura mundial”* –dice Evtuchenko– *“corre el peligro de ser devorado con la misma facilidad con que uno se come un hot-dog”*³.

Frente a esta clara tensión, quiero plantear –parafraseando al etnógrafo James Clifford– que me parece que *“el futuro no es sólo monocultura [...] el mundo está crecientemente conectado, aunque no unificado económica y culturalmente [...] la etnografía moderna (y por añadi-*

² Guillermo Bonfil Batalla. *Pensar nuestra cultura*. México, 1991. p. 15.

³ *La Época*, 6 de febrero de 1994.

dura las disciplinas sociales en su conjunto) están tal vez condenadas a oscilar entre dos meta-narrativas: una de homogeneización, la otra de urgencia, una de pérdida, la otra de invención... ”⁴.

Es, en este contexto, en que adquieren cabal importancia los conceptos y fenómenos que siguen.

¿Qué es la cultura? La cultura puede considerarse como el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o un grupo social –ya se manifiesten tales rasgos bajo la forma de signos o de símbolos. La cultura engloba, además de las artes y las letras (o formas de la cultura superior o culta), los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las normas, las tradiciones, las creencias, así como las manifestaciones psicosociales, afectivas y lúdicas de los grupos humanos.

Cuando se menciona el término “Patrimonio cultural”, en tanto, el pensamiento de las personas se remite normalmente a los grandes monumentos artísticos e históricos del pasado; en muy pocas ocasiones se nos ocurre pensar que todo lo que nos rodea en la cotidianidad, y las formas específicas como reaccionamos frente a las cosas y a los otros, puede formar parte de ese Patrimonio.

En efecto, el hombre y la mujer, como seres sociales y productores de cultura, interactúan con su medio natural y lo modifican, erigen obras arquitectónicas y formas urbanísticas, fabrican objetos y diverso tipo de implementos, y elaboran expresiones concretas de su arte y religiosidad. En definitiva, diseñan y producen bienes culturales materiales, concretos y tangibles.

Pero también los seres humanos, como productores de cultura, elaboran otro tipo de manifestaciones, más elusivas, a las que otorgan un significado particular. Tales manifestaciones se expresan en una forma inmaterial, y ello no es atípico, en tanto gran parte del patrimonio de los pueblos es invisible: reside en el espíritu mismo de sus culturas y sub-culturas. Este patrimonio intangible comprende bienes culturales que reflejan la existencia de una especial tradición; de una identidad esencial enraizada en el pasado, con memoria en el presente, y reinterpretada –una y otra vez, históricamente– por las sucesivas generaciones.

A mayor abundamiento, podría definirse el patrimonio intangible o la tradición, como el conjunto de formas de cultura tradicional y popular o folclórica, o como el conjunto de obras colectivas que emanan de una cultura y arraigan en su herencia ancestral⁵. Así caben dentro de este “patrimonio cultural, inmaterial o intangible”, las prácticas, representaciones y

⁴ James Clifford. *The predicament of culture. Twentieth century ethnography, literature and art*. Cambridge, MA. and London, 1988, p. 17.

⁵ El Consejo Ejecutivo de la UNESCO, en su reunión N° 155, celebrada en París, adoptó un proyecto de “Reglamento relativo a la proclamación por la UNESCO de las obras del Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad”. En éste se define el concepto sobre “patrimonio oral e inmaterial” como: “*el conjunto de creaciones que emanan de una comunidad cultural fundadas en la tradición, expresadas por un grupo o por individuos, y que reconocidamente responden a las expectativas de la comunidad en cuanto a expresión de su identidad cultural y social: las normas y los valores se transmiten oralmente, por imitación, o de otras maneras. Sus formas comprenden, entre otras, la lengua, la literatura, la música, la danza, los juegos, los ritos, las costumbres, la artesanía, la arquitectura y las otras artes*”.

expresiones de las comunidades, y los conocimientos y las técnicas acumulados por ellas. Este conjunto de tradiciones, que constituyen el patrimonio inmaterial, es transmitido oralmente o mediante gestos y acciones, y es modificado en el transcurso del tiempo a través de un proceso –asaz inconsciente– de recreación colectiva. Entre otras formas de representación, el patrimonio inmaterial se expresa en las tradiciones orales, las costumbres, las lenguas, la música, los bailes, los juegos, los rituales, las fiestas, la medicina tradicional y la farmacopea, las artes culinarias y todas las habilidades especiales asociadas, entre otras, a las tecnologías y oficios patrimoniales. Comprende en fin, este patrimonio intangible, elementos de escaso valor físico pero con una fuerte carga simbólica.

Para muchas poblaciones (y especialmente para los grupos culturales minoritarios y para las poblaciones indígenas –entre ellos las comunidades residuales de nuestras poblaciones originarias mapuche, aymara y pascuense), este patrimonio intangible representa la fuente de una identidad profunda y recalcitrantemente arraigada en la historia. Para ellos, la filosofía, los valores, el código ético y el modo de pensamiento transmitidos por sus propias tradiciones orales, sus lenguas y sus diversas manifestaciones culturales constituyen los fundamentos íntimos de su vida comunitaria.

Pero, la propia índole del patrimonio intangible que poseen vuelve a éste en extremo vulnerable. En este contexto, adquiere pleno sentido la siguiente aseveración: “*En África, un anciano que muere es una biblioteca que desaparece...*” (Hampaté Bâ); así como en nuestro país, hace cien años atrás, cada vez que moría un ona, un yagán o un alacalufe, con él moría de manera paulatina e irremisible un trozo de nuestra alma nacional.

Todas estas manifestaciones del patrimonio cultural, tanto en sus manifestaciones tangibles como intangibles, son complejas, dinámicas y cambiantes, en tanto se construyen históricamente a partir de interacciones sociales múltiples y reiteradas en la duración. Mirada en el contexto de los conceptos precedentes, cada cultura podría ser percibida como una encrucijada donde convergen el patrimonio material (incluyendo en éste el patrimonio natural y el submarino) y el inmaterial, a los que se agrega la creación artística. Esta encrucijada nos lleva, por diferentes caminos, a una cultura basada en una tensión constante entre permanencia y cambio; tradición y modernidad.

Ambos tipos de patrimonio, a la vez, mantienen entre sí una relación dialéctica. Ello, en tanto el patrimonio tangible sólo logra manifestarse en toda su complejidad y riqueza al abrir y develar su alma intangible. Por su parte, el patrimonio intangible se vuelve más cercano, más aprehensible y más real en tanto se expresa a través de un soporte concreto y material.

Hoy, todos aspiramos a una cultura centrada en la persona humana, en la democracia y en los derechos humanos. Anhelamos una cultura afincada en el respeto por las diferencias heredadas que nos hacen únicos, mas también consolidada en la fuerza de las convergencias entre varias culturas abiertas hermanadas en la diversidad. Si aceptamos esto, el concepto de patrimonio cultural se legitima, enriquece, y refuerza; en tanto permite un diálogo entre piedras muertas y piedras vivas. Las piedras muertas son las marcas o señales de la presencia humana sobre la faz de la tierra. Las piedras vivas representan la propia presencia humana y la tradición cultural que anida en el espíritu de aquella. El patrimonio cultural de cada pueblo constituye su herencia y encarna su memoria colectiva.

En un mundo que cambia a un ritmo vertiginoso, la cultura, la identidad y el patrimonio cultural están llamados a jugar un papel cada vez más importante en las comunidades humanas. Ellos deben aspirar a construir un soporte espiritual, capaz de proporcionar a las personas y a las sociedades un sentido neto de quiénes son, de dónde proceden, y qué significan sus vidas. Deben coadyuvar, asimismo, a facilitar a estas comunidades (en particular a las más vulnerables) la transición al desarrollo desde la propia especificidad de su tradición.

Deben aspirar, asimismo, a cumplir funciones sociales sustantivas en el mundo contemporáneo: aquellas de cohesión social, identificación cultural y legitimación política. Dicho de otra manera, la cultura, la tradición, la identidad y el patrimonio cultural son organismos vivos, los que al tenor de lo expuesto, son no sólo irrenunciables, sino aparecen como entes en una condición de constante re-significación conforme a las necesidades de adaptación y cambio que el grupo experimente en relación con su sentido de integración, su individualidad y su legitimación nacional en un momento histórico dado. El deterioro, desaparición y/o destrucción de ellos devendría en la desaparición de nuestra propia historia, de nuestro propio sentido de mismidad y especificidad, y de las bases culturales de los mecanismos que nos permiten afirmarnos ante a otras naciones.

Asimismo, la cultura propia y el patrimonio cultural, en todas sus formas, están llamado a favorecer el diálogo entre civilizaciones y culturas. En el proceso de valoración del patrimonio y la identidad deben dialogar, en permanente armonía, todas las culturas; animando redes activas de encuentro y actuando como mecanismos eficaces en la promoción de una meta cultura de la paz, de prevención y regulación de conflictos, de diálogo inter-cultural e inter-religioso, y de reconocimiento mutuo, a partir de la aceptación de las diferencias y de las complementariedades culturales.

El patrimonio cultural se configura así, cada vez más, en este nuevo milenio, como una herencia común para toda la humanidad. Esta tendencia a considerar el patrimonio como un bien universal se hace aún más legítima en el ámbito de los países iberoamericanos, donde, a los lazos históricos y culturales comunes, se une una problemática de conservación patrimonial que ha discurrido por parecida trayectoria y que se ve enfrentada actualmente a los mismos retos.

No debemos escatimar esfuerzos en el proceso de reconocimiento, valoración y salvaguarda del patrimonio cultural, en especial del intangible o tradición. En un nivel mundial, el patrimonio está expuesto a peligros siempre crecientes a partir de una gran variedad de fuentes, incluidos los daños de la contaminación del aire y otros peligros ambientales, las presiones de la explosión del turismo internacional, la destrucción por las guerras y los conflictos humanos, la falta de recursos para conservación y en muchos casos, la simple negligencia o ignorancia de los pueblos.

Un rol no menos infeliz cumple, por cierto, la expansión del comercio global. Éste mina el alma tradicional de los pueblos al desplazar –mediante sofisticadas técnicas de marketing– nuestras viejas tradiciones para implantar tradiciones ajenas, definitivamente poco consonantes con nuestro ser cultural.

Todos tenemos una responsabilidad. En el ejercicio de nuestros derechos auténticamente humanos y en el ámbito de una escuela democrática en que se respete lo diverso desde lo

propio –una labor a la que debe darse énfasis en esta universidad formadora de docentes– hay múltiples nichos de oportunidades para asumir este compromiso de reencuentro con las raíces.

Quiero terminar con un mensaje de esperanza, para lo cual citaré al profesor Aníbal Ford de la Universidad de Buenos Aires. Si “*la historia de la cultura es una historia de préstamos y de reelaboraciones ... el tema (debe estar) en que hay cosas que no se negocian*”⁶.

⁶ Aníbal Ford. “De la aldea global al conventillo global. Algunos campos críticos en la problemática homogeneización-fragmentación en las culturas de Latinoamérica”, en Jesús Martín Barbero (coordinador) y Beatriz Solís Lerey y Luis Núñez Gornés (editores) *En torno a la identidad latinoamericana*. México, 1992. p. 82.